

La construcción de un proyecto de amor: cómo hablar a los jóvenes sobre el valor de la espera

Jokin de Irala

Profesor titular de Medicina Preventiva y Salud Pública
Facultad de Medicina, Instituto de Ciencias para la Familia
Universidad de Navarra

Introducción

Hablar a los jóvenes de la castidad constituye un reto porque padres y educadores nos enfrentamos a un ambiente contrario al simple hecho de pronunciar esa palabra. Con cierta intolerancia, parece que solamente es aceptable la opinión de que la castidad es un concepto negativo basado en prohibiciones. En realidad, muchos educadores estamos convencidos de que forma parte de la formación integral del ser humano y que, todo lo contrario, nos ayuda a vivir con más plenitud nuestra vida como seres sexuados.

Sin embargo, tenemos un reto. Es preciso saber transmitir que la castidad es una buena noticia que beneficia a cualquiera. La educación debe hacerse contando con la realidad de nuestros jóvenes, a la vez que hacemos un esfuerzo pedagógico de no plantearlo únicamente desde la descripción de los peligros que acechan a quienes se abandonan a sus impulsos. Debemos hacer hincapié en describir sus ventajas y la felicidad de quienes, desde la castidad, son capaces de amar mejor. Se trata de acompañar a los jóvenes en la construcción de un proyecto de amor en su vida y de que comprendan el valor de la espera.

Estas reflexiones pretenden sugerir ideas educativas, líneas de trabajo, que se podrían desarrollar a la hora de hablar de la castidad. Se basan en mi experiencia como profesor universitario. He tenido la suerte de que mis alumnos hayan querido compartir generosamente conmigo sus vivencias y opiniones sobre estas cuestiones durante largas conversaciones. También utilizo ideas transmitidas por otros autores como Dennis Sonet, con gran experiencia educando a jóvenes (Sonet D, 2002). Algunos aspectos descritos en este texto también forman parte de un libro que he escrito para jóvenes que se están preparando para casarse (de Irala J, 2005).

El sentido de la sexualidad

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud sexual como:

"La integración de los elementos somáticos, emocionales, intelectuales y sociales del ser sexual por medios que sean positivamente enriquecedores y que potencien la personalidad, la comunicación y el amor". Por otra parte, la palabra sexualidad viene del latín *secare* que significa separar. Se fundamenta en la existencia de una diferenciación entre el varón y la mujer y en la aceptación de las diferencias para complementarse gracias al amor.

Los animales se unen accidentalmente con fines reproductivos. Es algo totalmente distinto a lo que realizan un varón y una mujer cuya unión estable se basa en el amor y en un compromiso personal que les lleva a unirse también a través de la relación sexual y a compartir su amor con otras personas. En la definición de la OMS también queda implícito que la sexualidad humana se diferencia de la animal en varios aspectos, entre los que destaco algunas en el esquema siguiente:

SEXUALIDAD HUMANA	SEXUALIDAD ANIMAL
Hablamos de tendencias controladas por la inteligencia	Hablamos de instinto
La voluntad y la libertad hacen posible la abstinencia	Es determinista
Gracias a la cultura, la sexualidad entre varón y mujer es diversa	Consiste en un apareamiento
Está siempre presente	Suele haber estacionalidad
Es un acto consciente	El animal no comprende su sentido
Consiste en una relación interpersonal entre varón y mujer	Es un acoplamiento entre aparatos reproductores
Mejor hablar de "encuentro sexual", "relación sexual"	Puede ser más propicio hablar de "coito, cópula"
El proceso de excitación es complejo	El proceso de excitación es reflejo
Existe el pudor, la intimidad	Suele ser espontánea
Existe el orgasmo femenino	No hay orgasmo en la hembra
Podemos hablar de AMOR
Si uno es creyente, integra la espiritualidad, la religión	

Cualquier persona puede identificarse con una o más características de esta tabla. Al tener una naturaleza animal, algunos comportamientos de su columna derecha nos podrían salir con bastante "naturalidad". Por ejemplo, hay personas que difícilmente controlan sus impulsos sexuales y que se abandonan a la excitación sexual. Es evidente que empobrecen su sexualidad, ya que no desarrollarían todo su potencial. Muchos seres humanos viven una sexualidad más animal que humana, perdiéndose así el enriquecimiento mutuo propio de la sexualidad humana. Al existir el compromiso para un proyecto familiar común, la sexualidad

humana se desarrolla con más plenitud. Cuando hablamos de RELACIÓN conyugal o sexual, ENCUENTRO conyugal o sexual o bien el ABRAZO conyugal o sexual, estamos, de hecho, haciendo énfasis en el aspecto de relación interpersonal propia de la sexualidad humana.

La sexualidad humana tiene varias dimensiones: biológica, afectiva, placentera, cognitiva, socio-cultural, religiosa y espiritual; todas deberían satisfacerse y desarrollarse de manera equilibrada. A la hora de basar nuestras conductas en una antropología determinada, deberíamos tener en cuenta que la llamada “naturalista” u “observadora”, que pretende ser “neutral” y evita cualquier interpretación moral, afirma que ninguna educación debe frenar los instintos y que la normalidad es “lo frecuente”. Esto nos conduciría más bien a una sexualidad con características animales. Por el contrario, una antropología de la persona afirma la primacía de la persona como objeto de encuentro y amor. De esta manera, no puede existir el don de uno mismo si no somos dueños de nosotros mismos; y esto no es posible sin libertad, voluntad y educación; es por esta razón la antropología que mejor nos puede conducir a una sexualidad plenamente humana.

Las cuestiones que acabo de describir deberían formar parte, como hilo conductor, de la educación y preparación de nuestros jóvenes para el amor.

Los riesgos de la sexualidad sin amor

Las relaciones sexuales no son anodinas. Somos seres sexuados y la sexualidad implica a toda nuestra persona y no solamente a nuestros órganos genitales. En cada relación sexual dejamos parte de nosotros. Se puede afirmar que la sexualidad humana “siempre tiene consecuencias” que obviamente pueden ser buenas o malas. Por el contrario, muchos medios de comunicación transmiten la falsa idea a los jóvenes de que la sexualidad esta libre de consecuencias con tal de usar preservativos.

Las primeras relaciones conyugales pueden llenarnos de felicidad aunque no sean “técnicamente” perfectas. Para lograrlo, deben prepararse con tiempo, como se prepara una buena cena que queremos compartir con amigos. La presencia motivadora del amor es imprescindible porque, de lo contrario, surgirá inevitablemente el sufrimiento. Pero muchos confunden el amor con el deseo. El deseo que tienen, un varón y una mujer, de tener relaciones sexuales es normal y aunque el deseo no es necesariamente sinónimo de amor, sí es necesario para el amor. Podemos sentir deseos de diferente índole pero lo que nos enriquece, como seres humanos, es lograr armonizarlos para que nos conviertan en personas con un mayor crecimiento personal. De esta manera, los deseos pueden acabar estando al servicio del prójimo y nos encontraremos más preparados para esas primeras relaciones matrimoniales. El amor a la

persona con quien queremos fundar una familia se caracteriza por acompañarse de deseos importantes como el deseo del respeto profundo, de hacerle feliz, del gozo de comunicarse, de ternura, de intimidad física y el deseo de darle un hijo convirtiéndole en padre o madre de nuestros hijos.

Los riesgos de la sexualidad precoz

La sexualidad en la adolescencia no está exenta de problemas. En primer lugar porque el paso de la infancia a la edad adulta es desconcertante para adolescentes y quienes les rodean. Sufren cambios físicos que a veces les acompleja. Los cambios psicológicos son complejos. Las sensaciones sexuales irrumpen y pueden ser intensas y constantes; el autocontrol puede ser difícil. El desarrollo biológico avanza automáticamente mientras que el psicológico es más lento y depende de la voluntad del adolescente y de las oportunidades que se le brindan.

El cuerpo del joven le hace sentir como si lo tuviera todo pero, al tener una relación sexual precoz, suele recibir menos de lo esperado a la vez que cree haberlo dado todo. El adolescente debe aprender a amarse, a comprenderse y esto empieza por un proceso de aceptación de su cuerpo, de sus limitaciones; pero también por la objetividad suficiente para valorar sus aptitudes, ya que toda persona las tiene. La incapacidad de aceptarse como uno es, produce reacciones como la envidia, la excesiva idealización y dependencia total de otra persona, que le hacen a uno sufrir. Una persona así acaba siendo excesivamente posesiva y con más dificultad para amar plenamente a otra. Aunque su cuerpo esté preparado, puede no estarlo desde el punto de vista psicológico y, haga lo que haga, solamente puede dar parte de su ser. Evidentemente esto empeora cuando a la otra persona le ocurre lo mismo.

En la adolescencia, es más fácil la confusión entre el deseo, el afecto interior y el amor auténtico. Muchos jóvenes tienen, más bien un deseo de ternura que de relaciones físicas. La “nostalgia romántica del adolescente”, esa sensación profunda de soledad, de que necesitan al otro, de que les falta alguien a quien amar, coincide con el despertar de sus sentimientos y anhelos profundos de altruismo. Si, en vez de tener paciencia y controlar sus sentimientos para madurar mejor, dan riendas sueltas a sus deseos, la probabilidad de equivocarse y de sufrir por ello es mayor.

No parece razonable pensar que la adolescencia es el mejor momento para iniciarse en la sexualidad porque la probabilidad de decepcionarse es mayor que en edades más adultas.

La sexualidad sin amor

La sexualidad sin amor auténtico es frecuente entre quienes inician relaciones sexuales prematuramente y tiene sus riesgos propios. Sin embargo, los efectos de la sexualidad sin amor también se pueden observar en adultos:

- 1) Pueden llevar más lejos de lo que uno espera y se pasa fácilmente de fracasos diversos a la búsqueda de “nuevas experiencias”.
- 2) La sexualidad produce vínculos inesperados que nos condicionan la vida, como los embarazos inesperados. Hay estudios que demuestran incluso que los embarazos en adolescentes ocurren antes entre quienes, en teoría, mejor informados estaban respecto a la anticoncepción.
- 3) La infidelidad y la promiscuidad son frecuentes y propician las enfermedades de transmisión sexual.
- 4) La sexualidad sin su significado pleno, deja de ser un lugar de encuentro entre dos personas, se acaba vulgarizando y se puede convertir, por el contrario, en la utilización mutua para obtener un placer personal. Si la perspectiva humanizante del amor está ausente, la relación puede incluso hacerse violenta.

La sexualidad sin compromiso

Muchos jóvenes que inician su vida sexual opinan que lo hacen por amor aunque, de momento, no ven la necesidad del compromiso con la otra persona. Cabe plantearse si es factible hablar de auténtico amor sin compromiso. En cualquier caso, las relaciones sexuales con ese amor sin compromiso real no están exentas, tampoco, de complicaciones que los jóvenes deben conocer antes de tomar una decisión tan importante:

- 1) La relación se puede ver acelerada, la exigencia de una vida en común llega antes y se crea un vínculo cuya ruptura hace tanto daño como cualquier fracaso de proyecto de pareja.
- 2) Las primeras relaciones sexuales siempre dejan cierta huella porque dejamos parte de nosotros mismos.
- 3) Cuando no existe un compromiso formal y un proyecto de futuro concreto, los jóvenes se pueden encontrar con que lo único que tienen en común son sus relaciones sexuales. En estas circunstancias, es fácil caer en la monotonía y finalmente terminar la relación para buscar “nuevos amores” que llenen más.
- 4) La ausencia de compromiso, y del correspondiente sacrificio para mantenerlo vivo, dan inseguridad. La seguridad del compromiso es uno de los anhelos más frecuentemente citados por las personas que se quieren.

5) Existe el peligro del bloqueo de la maduración de la persona hacia el amor adulto. Hay personas que cambian frecuentemente de pareja porque sienten que han “dejado de querer a la otra persona”. Dado que es imposible evitar que aparezcan dificultades en cualquier relación humana, nunca encuentran a la persona “adecuada” y corren el riesgo de acabar en la tristeza de la soledad.

Es necesario informar a los jóvenes que existen estudios científicos que contradicen claramente la idea que tienen muchos de que las primeras relaciones sexuales en adolescentes y adultos jóvenes están motivados, de hecho, "por amor". En un estudio publicado en el *British Medical Journal*, cuando se les preguntaba a un grupo representativo de adultos jóvenes sobre sus primeras relaciones sexuales, solamente un 13% afirmaba que la principal motivación de su primera relación sexual fue el amor (Dickson N et al, 1998). La motivación más frecuentemente descrita fue la curiosidad (el 50% de los varones aseveraban que fue fruto de un arrebató) y otros motivos descritos fueron el dejarse llevar por el ambiente, el alcohol y el deseo de perder la virginidad. El 76% afirmaba que su primera relación no tuvo lugar en el marco de una pareja mínimamente estable. El 61% de los varones afirmaba que dicha relación duró menos de 3 meses (en 40% de los varones solamente duró un encuentro). Al final, la gran mayoría de estos jóvenes reconocía estar arrepentido por haber tenido esas primeras experiencias sexuales. Esta proporción era mayor, cuanto más joven era la edad de inicio. Una cosa es lo que opinan los jóvenes, en teoría, y otra es lo que ocurre en la realidad.

Respecto al “deseo de perder la virginidad”, puede deberse fundamentalmente a la falta de libertad: hoy es difícil decidir no tener relaciones sexuales hasta estar preparado para mantener un compromiso estable con una persona, sin ser juzgado negativamente o incluso ridiculizado en público. Esto es una coacción contra la cual es complicado defenderse en ciertos ambientes. Como fruto de esta presión, muchos quieren “ser normales” cuanto antes y perder la virginidad para ser como los demás aunque en el fondo no lo deseen.

Puede existir un cierto amor sinceramente afectivo en estas primeras relaciones sexuales. Sin embargo, existe un gran riesgo de acabar, como mínimo, decepcionado porque ese “amor afectivo” no era aún lo suficientemente maduro, pues, al menos inconscientemente, no podía dar lugar a un compromiso real.

Finalmente, siempre existe la posibilidad real de que las relaciones sexuales resulten en un embarazo. Aunque muchos hayan salido adelante a pesar de haber nacido en circunstancias similares, no constituye, a priori, la mejor de las situaciones ni para el niño o niña ni para estos nuevos padres, probablemente insuficientemente preparados para afrontar esta situación que les sorprende. Cualquiera debería tener esta grave responsabilidad en mente antes de tomar la

decisión de tener relaciones sexuales porque ni siquiera la anticoncepción es una garantía total. El aborto nunca será una solución humana aunque ellos perciban sinceramente que dejar nacer a su hijo/a les pueda cambiar la vida y crean que no pueden asumir el cambio. Consiste en interrumpir la vida de un ser humano que no tiene ninguna culpa de la nueva situación de esta pareja.

La espera permite prepararse para la otra persona

Como cualquier actividad humana, la sexualidad humana lleva a la felicidad cuando existe una preparación previa, cierto conocimiento y un tiempo de maduración de la persona. Resulta útil explicar a los jóvenes que el amor humano tiene que ir madurando desde el primer enamoramiento inmaduro del adolescente, hasta el amor adulto.

El amor entre un hombre y una mujer comienza por una atracción física, un deseo de conocer mejor a la otra persona, de amistad. Se pasa del “amor a sí mismo” a amar a otra persona aunque al principio este amor siga siendo “para uno mismo”. Es un amor algo posesivo en sus inicios porque lo que nos gusta es que nos aporta algo. Con cierta frecuencia, se piensa más en uno mismo que en la persona amada. Este proceso de maduración es posible si el joven adquiere simultáneamente ciertas características personales y psicológicas que son imprescindibles para crecer como persona y para tener éxito en el amor. Así, si una persona no tiene paciencia, no sabe comunicarse, no decide “avanzar” declarándose a la persona amada o “renunciar” a ella para fijarse en otra, no conseguirá nunca pasar del “amor a uno mismo” al “amor al otro”.

El proceso de maduración sigue su curso en la medida en que ambos vayan incorporando más virtudes como las que acabo de enumerar. Si aprenden a aceptar al otro, crecen en voluntad, libertad y autodominio, pueden pasar del “amor al otro para uno mismo” al “amor al otro para el otro”.

El amor puede seguir madurando y cuando los enamorados aprenden a querer realmente el bien del otro, a superar las dificultades habituales en cualquier relación, cuando han madurado la idea del compromiso y, si son creyentes integrando su fe, llegarán finalmente al amor adulto: “juntos, amarán a los demás”. El amor adulto y fecundo, es aquel donde dos personas abrazan el objetivo común de querer a los demás. Cuando se habla de la “fecundidad de la pareja”, no significa pensar solamente en los hijos. La fecundidad matrimonial incluye, de hecho, tres aperturas. La pareja “como un equipo” se abre a los demás en tres vertientes esenciales. A través de la paternidad, teniendo hijos propios y/o adoptando los hijos de otros; a través de la amistad y por último se abren a la sociedad colaborando en su construcción y

mejora a través de la participación social. El amor entre dos personas no alcanzaría su pleno potencial si no incluye una preocupación genuina por aliviar el sufrimiento ajeno, trabajando por ejemplo a favor de la democracia o la justicia social. Evidentemente, cada matrimonio reparte su tiempo entre cada una de estas “aperturas” según su generosidad, sus posibilidades, situaciones y aptitudes personales.

Lo que no cabe duda, al observar esta progresión de la madurez desde el enamoramiento inicial al amor maduro, es que parece imprescindible llegar a la sexualidad adulta después de enriquecerse con todas las cualidades y capacidades que permiten su pleno desarrollo. La espera permite que las cualidades de la persona se desarrollen y maduren a la par de su desarrollo biológico, más automático, y sin que el impulso de la biología precipite al joven a situaciones que harían más complicado su crecimiento personal. Esta preparación precisa de tiempo, esfuerzo y ritmo personal. Constituye un proceso de aprendizaje donde desempeñan papeles esenciales la voluntad de la persona que madura y sin la cual no es posible ningún cambio, la ayuda de educadores y el acompañamiento de los padres y otras personas de su familia, entorno o buenos amigos, sobre todo cuando surgen dificultades. Estas cualidades coinciden con las “habilidades para la vida” como la paciencia o la capacidad de sacrificio, esfuerzo y superación personal, referidas por algunos científicos como aspectos imprescindibles en la educación afectiva y sexual de la juventud en contraposición con programas de educación sexual más bien “veterinarios” o centrados solamente en la biología. No son características complejas o extrañas. De hecho, cualquier grupo de adolescentes o adultos jóvenes acabaría enumerando estas claves si se les preguntase “qué cuestiones o características considera importantes para tener éxito en el amor”.

La espera es un acto de amor anticipado

Además de una oportunidad para prepararse en la serenidad y objetividad, la espera es en sí un acto de amor hacia esa persona con quien podemos acabar compartiendo nuestra vida; aunque no la conozcamos todavía. Cuando uno se entrega a la persona amada por primera vez, no solamente se está entregando en esa relación sexual concreta sino que le ofrece indirectamente el don de la exclusividad, el don de la espera, el don de las dificultades y paciencia que ha tenido en el pasado para conseguirlo. La espera se puede considerar, por lo tanto, como un acto de amor anticipado que se hace realidad en el momento en que uno se entrega por primera vez a la persona amada.

Para los jóvenes que ya han tenido relaciones sexuales

Si una persona ya ha tenido o tiene relaciones sexuales, siempre está a tiempo de dejar de tenerlas para iniciar un período de espera, por muy corto que sea, y que se puede transformar también en un don especial a esa persona que a lo mejor todavía no conoce. Muchas personas se arrepienten por no haber esperado. Es bueno que sepan asumir las circunstancias que les hayan podido llevar a no esperar. A lo mejor no tuvieron modelos o amistades adecuadas; es posible que confundiesen el deseo con el amor o, simplemente, que se dejasen llevar por un entorno que no acepta la libertad de quien decide vivir la espera sin tacharlo de “persona rara”. Tampoco habría que olvidar que es posible que les haya podido motivar el egoísmo. Lo interesante es que muchos apuestan por el cambio. No quiere decir necesariamente que quien no espera, entrega menos o no entrega nada cuando tiene una primera relación sexual con la persona con quien decide finalmente casarse. Es evidente que, cuando se ama realmente a alguien, nunca se acaban las ocasiones para hacerle feliz. Sin embargo, sí se puede afirmar que la espera es un don especial, el de la exclusividad, que no puede entregar quien no ha esperado. Pero existe también el concepto de “virginidad secundaria”. Cada vez son más los jóvenes que deciden recuperar la oportunidad perdida para prepararse mejor para el amor, a pesar de no poder dar ya el don de la exclusividad. La virginidad secundaria consiste en que alguien que ya ha tenido relaciones sexuales decide dejar de tenerlas hasta que llegue el día en que pueda comprometerse con otra persona para toda su vida y fundar juntos una familia. Consiste en “limitar” la carencia del don de la exclusividad y en “reconstruir” la virginidad inicialmente perdida. No es lo mismo entregarse a la persona amada después de haber tenido una o pocas experiencias sexuales que hacerlo después de un número alto de experiencias anteriores. Esta nueva espera se convierte automáticamente en otro don diferente al de la exclusividad y con su propio valor porque esta persona renuncia a un placer conocido para entregarse mejor a quien será su compañero/a en la aventura de fundar una familia estable a través del matrimonio.

La espera, siempre que no sea interminable, ayuda a la pareja a cultivar la ternura y a asentar una verdadera comunicación. El encuentro sexual llega entonces como culminación de la unión de los corazones, el deseo ha crecido al no ser satisfecho de inmediato, y ambos pueden entregarse con absoluta confianza y con la certeza de ser amados verdaderamente.

Muchos se preguntan, al reflexionar sobre estas cuestiones, cómo pueden saber que ya ha llegado el momento de entregarse a alguien o cómo se sabe que esta persona es con quien, efectivamente, pueden compartir su vida y fundar una familia. Evidentemente, cada cual tiene que responder personalmente a esta pregunta, que dependerá de su madurez, de su deseo de adaptar su comportamiento a sus creencias y valores, etc. Lo que sí puedo indicar es que,

cuando uno espera con la motivación y la voluntad de prepararse mejor para la persona con quien eventualmente compartirá su vida, aumenta la probabilidad de ser objetivo y de acertar en esa elección final. Por el contrario, quienes se precipitan en tomar este tipo de decisiones teniendo relaciones precoces, acaban, con bastante frecuencia, arrepintiéndose de sus decisiones.

Para conseguir que la espera tenga éxito, enriqueciendo a quiénes escogen esta opción de vida, es imprescindible que los novios hablen de ello explícitamente y se pongan de acuerdo sobre cómo vivirlo en su caso concreto sin dejar de lado en la decisión sus conciencias y creencias, libremente asumidas. Por ejemplo, es importante que acuerden pronto cómo piensan “administrar” los gestos físicos del amor (besos, caricias, etc.). Una premisa de la sexualidad es que “cada manifestación física del amor llama a la siguiente” porque besos y caricias preparan al cuerpo para la entrega. La pareja se puede encender rápidamente aumentando el deseo del abandono y la entrega total de los cuerpos. Las caricias son lenguajes que deben adaptarse, paulatinamente, a la historia amorosa de esa relación concreta. Si dos personas deciden posponer la entrega sexual hasta llegar al matrimonio, es importante que lo hablen y que pongan los medios pertinentes para que así ocurra. De lo contrario, su historia de amor dejaría de ser personal y acabaría siendo más bien el reflejo del ambiente, de la música en una noche de discoteca o el reflejo de lo que hacen sus amigos o de arrebatos del momento. Si dos personas saben exactamente lo que pretenden y si tienen objetivos concretos y comunes, es más fácil que puedan, juntos, conseguirlo. Algunos jóvenes opinan que “hay que ser más románticos” y no calcularlo todo de esta manera. Es verdad que hay que dejar pie a la libre espontaneidad del romanticismo pero sería una ingenuidad pensar que las cuestiones importantes como la sexualidad, y sus posibles consecuencias, se protegen mejor sin el control de la voluntad de dos personas que se quieren.

La cohabitación

Hoy en día muchos escogen la cohabitación (convivencia en pareja) en lugar del matrimonio como primera forma de convivencia con la persona amada. Algunos deciden vivir así para siempre; muchos acuden al matrimonio después de esta experiencia y parece que es una fórmula que resulta atractiva a muchos jóvenes de hoy.

Los estudios sobre la cohabitación antes del matrimonio, indican que aumenta el riesgo de divorcio una vez casados. Parece que acaba cambiándose la actitud de la pareja ante el matrimonio. Las personas que cohabitan son menos entusiastas ante el matrimonio y la paternidad. El matrimonio les atrae menos y, cuando se casan, parece que tienen menos éxito y

son más favorables al divorcio. La cohabitación seriada le hace a uno cambiar más fácilmente de pareja ante problemas que podrían solucionarse con un esfuerzo de ambos, porque uno se puede acabar acostumbrando a las rupturas. El nivel de “certeza” o de “seguridad” sobre esas relaciones acaba siendo menor.

No parece que se aprenda a amar mejor con múltiples experiencias que son, por el contrario, predictoras de fracaso en el futuro. Algunos estudios indican que cuanto más larga es la cohabitación, más se fija la costumbre/norma de “bajo nivel de compromiso” y esto dificulta el mantenimiento del compromiso del matrimonio si se casan.

No podemos negar que hay una diferencia entre las personas que viven juntos teniendo la intención de comprometerse para siempre (existe en este caso la voluntad de perdurar si bien no lo han hecho de una manera explícita) y aquellas sin dicha intención. Sin embargo, se diferencian del matrimonio en la fuerza y validez que indiscutiblemente da el compromiso solemne ante terceros.

El matrimonio

El matrimonio, es una manera concreta de establecer un compromiso público entre dos personas, en el ámbito civil o en el religioso. La legalización del matrimonio es crucial porque se trata de la primera institución social, la célula básica de toda sociedad, de la cual dependen las características y el futuro de las mismas. El matrimonio protege a los hijos que necesitan una institución estable para crecer y madurar. Además, esta ayuda adquiere una mayor fuerza en el caso de un matrimonio indisoluble. El matrimonio debe ser especialmente protegido por esta función social singular que tiene. El compromiso que hay detrás de un matrimonio como acto personal, con un componente privado (el consentimiento) y otro público (su presentación oficial ante testigos y la sociedad), puede actuar como una protección de la relación en momentos difíciles. Es preciso revitalizarlo ante los jóvenes, recordando estas características y sus funciones específicas.

Finalmente, el Cristiano tiene fe en que el sacramento del matrimonio es una importante ayuda concreta para vivir mejor su vocación de fundar una familia; no parece consecuente querer iniciar esa vida sin contar con esta ayuda concreta. Tiene, además, la seguridad de que la oración y los sacramentos le ayudan tanto durante el noviazgo como durante el matrimonio, para llevar a cabo sus ilusiones.

Bibliografía

Consejo Pontificio par la Familia. Lexicón. Términos ambiguos y discutidos sobre la familia, vida y cuestiones éticas. Ediciones Palabra SA, 2004.

De Irala J. Un momento inolvidable. Vivir plenamente la afectividad, el amor y la sexualidad. Editorial VOZDEPAPEL. Madrid, 2005.

Sonnet D. Su primer beso. La educación afectiva de los adolescentes. Sal Terrae. Santander, 2002